

Una retrospectiva visual de Pastor Restrepo Maya

¡Hágase la luz! Pastor Restrepo Maya. Fotógrafo (1839-1921)

VARIOS AUTORES

Fondo Editorial de la Universidad Eafit, Medellín, 2014, 330 págs., il.

LA UNIVERSIDAD Eafit de Medellín publicó en octubre de 2014 el voluminoso libro, de 320 páginas, *Hágase la luz. Pastor Restrepo Maya. Fotógrafo (1839/1921)*. Esta amplísima recopilación visual se realiza gracias a la colaboración de la Biblioteca Pública Piloto, la principal institución en el apoyo a la historia de la fotografía en el país; del Museo de Antioquía, de la Alcaldía de Medellín y de un muy numeroso grupo de depositarios, coleccionistas y herederos, directos o no, de la obra del fotógrafo y de otros colegas suyos activos en la ciudad en las últimas tres décadas del siglo XIX y las dos primeras del siglo XX.

Se trata de una sazón conseguida con textos variados que, en conjunto, se sumergen en la Medellín del siglo XIX con la intención de apuntar, mediante el trabajo de uno de los más visibles y enigmáticos fotógrafos, la historia de una región que a veces parece estar obsesionada consigo misma. Sin embargo, una vez más y con esta notable publicación, se reafirma que Medellín es la vanguardia en la memoria histórica de la fotografía en Colombia. Esto ha permitido que, a diferencia de lo que ocurre en Bogotá y en el resto de ciudades del país, en la capital de Antioquia se haya trazado una historia básica de la fotografía y sus fotógrafos, de algunas de sus familias y sus dinámicas, como en el caso de Pastor Restrepo.

El libro, como ya dijimos, es una extensa investigación coordinada por el profesor Juan Camilo Escobar Villegas. Tiene como invitados a otros siete autores, quienes tratan los más diversos temas, como veremos a continuación.

El coordinador de la publicación y Adolfo León Maya Salazar trazan una muy interesante y completa biografía del fotógrafo, a la que titulan “Vida y

obra de un fotógrafo cosmopolita”. Con meticulosidad y abundantes fuentes visuales que incluyen, además de imágenes fotográficas, recortes de prensa de época, presentan el trasegar de Pastor Restrepo, sus constantes irens y venires y lo azaroso que resultaba vivir en lo que fuera el antiguo Virreinato de la Nueva Granada. Al fotógrafo le correspondieron posteriormente el cambio de Virreinato a Estados Unidos de Colombia y los constantes conflictos armados que azolaban estas tierras en esos años. Así que los autores hacen evidente que, en Colombia, no todo tiempo pasado fue mejor.

Quizá uno de los más inquietantes datos que se desprenden de la biografía es saber lo que hizo la familia de Restrepo: maniobró en esos remotos y agitados tiempos, sacudidos por constantes guerras civiles, para seguir enriqueciéndose y manteniendo sus muy variados negocios, en los que la minería de oro ocuparía un lugar central.

Aspecto curioso de este relato es la constante insistencia de los autores en calificar de cosmopolita a Pastor Restrepo y en tratar de convencernos de ello. No hace falta, ni es útil. Además, no dudan en decir que, gracias a las élites, las sociedades progresan, afirmación cuestionable, si se tienen presentes las múltiples crisis recientes, desde la ocurrida en 2008, hasta los escándalos conocidos como Panamá Papers y los sobornos de Odebrecht.

Entonces, repito, los autores insisten en convencernos de la cualidad cosmopolita de Restrepo y de que, al serlo, se valida como fotógrafo, como personaje público, como miembro de su sociedad. Bien vale la pena preguntarse desde esta introducción y, en adelante, con el contexto social real, por las gentes que trabajaron la tierra, en las duras condiciones en las que se desarrolló y se desarrolla la minería en nuestro suelo y por la suerte de este país y sus gentes.

No obstante, en su celo por establecer genealogías, tradiciones y reconocimientos que justifican el progreso, los autores trascienden la vida de Pastor Restrepo y nos cuentan algo más sobre Medellín, sus fotógrafos y sus artistas. El lector se encuentra por ejemplo con la figura del maestro Cano, al entrar en la historia visual del

siglo XX. Lo menciono porque Pastor Restrepo Maya abandonó la fotografía, al menos como oficio, en 1880 y falleció en 1921 y quizá por responder al arco temporal biográfico, quienes escriben tuvieron este especial cuidado en llevarnos hasta los años 20.

Luego de la biografía, se presenta el corto texto “Los sucesores de Pastor Restrepo”, de William Arango Hurtado, también interesado en establecer y validar, homenajear y reconocer a las familias prestantes de Medellín. De nuevo, en este texto se pasa de largo por lo que a nuestros ojos de hoy es mucho más interesante: ¿quiénes eran los paisas sin apellido? ¿Cuáles eran sus condiciones? ¿Porque no aparecen en las fotografías? ¿Cómo vivían? ¿Porque Pastor y sus sucesores no se ocuparon de hacerles retratos?

William Arango hace también una muy corta biografía de Ricardo Wills, socio de Restrepo en sus aventuras comerciales y fotográficas y después, llegan dos páginas tituladas “Fotografía y óptica en el siglo XIX”, del profesor Daniel Velázquez Prieto. Realmente, el autor no alcanza a describir lo que anuncia, pero su escrito nos acerca un poco más a lo que realmente nos interesa en un libro sobre un fotógrafo: las condiciones y herramientas con las que realiza sus imágenes. Alquimistas conectados: el caso de los hermanos Restrepo Maya, de Andrés Steven Jiménez, es un texto en el que de nuevo se trata un problema científico para contarnos, en una corta clase de química, como se revelaba y se lograba fijar una imagen en un momento muy específico del siglo XIX.

Quizá lo más interesante de esta voluminosa publicación y de lo que no se hace alarde es el escrito “La fotografía en Antioquía”, publicado en seis entregas en *El Esfuerzo*, de Medellín, entre el 23 de julio de 1895 y el 9 de agosto del mismo año y firmado con el enigmático seudónimo P. N. G. Es este probablemente el primer ensayo sobre la fotografía en Colombia y discute en el tono de la época, tanto el arte de la fotografía, como la historia de los fotógrafos en Antioquía. En esta, no podían dejar de aparecer Wills y Restrepo y también podemos encontrar a Juan N. Gutiérrez y a Mariano Sanín.

Aparece un corto escrito poético del fabulista Nebur Zelev, quien posee

amplio material de archivo sobre Restrepo y parece un invitado al que se le está agradeciendo. Participa con una corta fábula cuya naturaleza, entremetida en textos de la historia social y de la ciencia, se siente un poco fuera de lugar, pues es muy poco lo que el autor nos aporta sobre la fotografía, sobre Medellín y sobre Pastor Restrepo.

Esta retrospectiva, aparte de incluir numerosos retratos de la sociedad antioqueña, incluye unas pocas fotografías; tarjetas de visita, para ser exactos, agrupadas bajo el curioso título “Busca de identidades ancestrales”, en los que pueden encontrarse retratos de un trabajador negro de Antioquia, de 1870, en la que vemos un anciano con el palo en el hombro en el que tiene enrollada una culebra, y “Chapolera recogedora de café”, otro retrato de una mujer de raza negra, también fechado en 1870. Las fotografías de un poporo de oro y de dos vasijas zoomórficas en oro también, precolombinas ambas, también hacen parte de las pocas imágenes que no pertenecen a retratos de las clases dominantes, como también las tomas de varias orquídeas, cuyo uso y destino nos son desconocidos.

El libro concluye con el muy curioso llamado a los artistas actuales a que, de alguna manera, respondan al legado de Pastor Restrepo. Está en la sección “Revisitando a Pastor Restrepo”, en la que se encuentran fotógrafos contemporáneos, artistas paisas como William Arango, Camilo Sabogal, Gabriel Mario Vélez, los integrantes del taller Cícklope, Blas Navarro Mesa, Hernán Bermúdez, Carlos Arbeláez y Nora Vargas. Este capítulo, algo juguetón, desconcierta un poco en este contexto, pues no es muy claro su concepto editorial y curatorial.

Es ese, pues, el ánimo totalizante de esta completísima retrospectiva visual en la que es necesario señalar lo siguiente: a veces, es la fotografía la que queda excluida. Se pasan por alto aspectos sobre los contenidos de las imágenes, sobre la moda, las poses, los objetos utilizados en el estudio del fotógrafo. Se extraña entonces que en esta historia del fotógrafo, que es de costumbres, de usos sociales, de pertenencia y rango social, de pose y, por qué no, de vanidad, no se hayan congregado historiadores que pueden interpretar las imágenes en sí mismas y

hacer parte de un libro en el que desde las imágenes se creen los relatos; en el que ellas mismas sean el vehículo para que entendamos una época bastante amplia, la de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia.

Evidentemente no existen aún en el país historiadores de la fotografía y de las costumbres, formados en la interpretación concienzuda, histórica y profunda de las tipologías, los modos y los gustos, que sean parte, y ahora si aprovechemos el término, de la cosmopolita vida de Medellín.

No deja de celebrarse la aparición del libro y de reconocerse sus varios méritos. Se extrañan publicaciones similares en otras ciudades de Colombia y en otras universidades del país. Por supuesto, es motivo de aplauso para Medellín que sea la ciudad que más congrega a sus historiadores, a personas de la ciencia, de la historia y del arte, alrededor de la fotografía.

Santiago Rueda Fajardo